

EL CIELO DE LOS ANIMALES

DAVID JAMES POISSANT

EL CIELO DE LOS ANIMALES

Traducción de Teresa Arijón y Bárbara Belloc



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Heaven of Animals*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición: enero de 2017

© 2014, David James Poissant. By arrangement with the author. All rights reserved.

© de la traducción Teresa Arijón y Bárbara Belloc, 2015

© edición Edhasa Argentina, 2015

© de la presente edición: Edhasa, 2016

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1241-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 21651-2016

Impreso en España

*Para Marla
siempre*

El Hombre Lagarto

Entro en el garaje con un chirrido cuando está asomando el sol y veo a Cam en la escalera de la casa, con su hijo Bobby. Cam está de pie. Es un hombre corpulento, pura fibra y músculos gracias a una década de trabajo en el gremio de la construcción. Tiene mangas de dragones verdes tatuados en los dos brazos, desde las axilas hasta las muñecas. Dice que, si se mira de cerca, puede verse un par de mujeres desnudas entre las escamas.

Cuando Crystal lo dejó, Cam se quedó con el chico, lo cual muestra qué clase de madre era Crystal. Cam es el único amigo que me queda. Cuando está sobrio es un santo, y hace diez años que no prueba una gota de alcohol.

Pone una mano sobre el hombro del niño, pero Bobby se suelta y sale corriendo. Viene directo hacia la camioneta, se agarra a mi pierna y la abraza con todo el cuerpo. Empiezo a caminar en dirección a Cam. Bobby rebota y ríe con cada paso que damos.

Cam y yo nos estrechamos la mano como si nada, pero su expresión lo dice todo.

—¿Otra vez turno de noche? —dice.

Hecho un rollo marrón, el delantal asoma de mi bolsillo delantero, y yo apesto a grasa de cocina.

—Sí —digo.

No le dije a Cam que perdí los estribos y le grité a un cliente, que aparentemente algunas personas no saben qué significa «vuelta y vuelta», que mi decisión de trabajar en el turno de diez a seis es lo que me permite tener luz y agua en casa.

—Bobby —dice Cam—, ve a jugar un rato, ¿sí?

Bobby suelta mi pierna y mira a su padre, escéptico.

—No me obligues a decírtelo dos veces —dice Cam.

El chico corre hasta mi buzón, se tira en el césped, se cruza de piernas y frunce el ceño.

—Sigue caminando —dice Cam, y Bobby lenta, deliberadamente, se pone de pie y camina rezongando hacia su casa.

—¿Qué pasa? —digo—. ¿Qué problema hay?

Cam sacude la cabeza.

—Red ha muerto —dice.

Red es el padre de Cam.

«El hijo de puta me daba unas tremendas palizas», dijo Cam una noche, hace tiempo, cuando los dos bebíamos demasiado y nos contábamos historias tristes. Al cumplir dieciocho, Cam se enroló en el ejército y fue a combatir en la primera guerra del Golfo. La última vez que vio a su padre, el viejo estaba cruzando el jardín, tambaleándose, borracho. «¡Vete de una buena vez!», le gritó. «Vete a morir por tu país de mierda.»

Bobby nunca supo que tenía un abuelo.

No sé si Cam se siente molesto o aliviado y no sé qué decir. Cam debe haberse dado cuenta, porque dice:

—Está bien, yo estoy bien.

—¿Cómo fue? —pregunto.

—Estaba bebiendo —dice Cam—. El barman dijo que Red estaba riéndose y de golpe cayó de frente sobre la barra. Cuando fueron a despertarlo ya estaba muerto.

—Guau —digo. Es una estupidez decir «guau», pero estuve levantado toda la noche. Mi mano todavía sostiene una invisible espátula de acero, tengo manteca debajo de las uñas.

—Necesito que me hagas un favor —dice Cam.

—Lo que sea —digo. Cuando estuve en la cárcel, fue Cam el que pagó la fianza. Cuando mi esposa y mi hijo se mudaron a Baton Rouge, fue Cam el que golpeó mi puerta, me hizo levantar a la fuerza, tiró todas mis botellas en el jardín delantero, les prendió fuego y me consiguió un trabajo en el restaurante de su amigo.

—Necesito que me lleves a su casa —dice Cam.

—Bueno —digo. Hace años que Cam no tiene coche. Muchos de los vecinos de la manzana no pueden pagar postigos para protegerse de las tormentas, así que ni pensar en un coche. Pero estamos en St. Petersburg, una ciudad para peatones, y el centro está a sólo cinco minutos de caminata.

—Bueno, no te apresures a decir que sí —dice Cam—. La casa de Red está en Lee.

—¿Lee, Florida?

Cam asiente. Lee está cuatro horas al norte. Es una de las últimas ciudades sobre la Interestatal 75 camino a Georgia.

—No hay problema —digo—. Siempre y cuando esté de vuelta esta noche antes de las diez.

—¿Otra vez turno de noche? —pregunta Cam.

Yo asiento.

—Bueno —dice—. Vamos.

★ ★ ★

El año pasado tiré a mi hijo por la ventana del comedor. No recuerdo con exactitud cómo ocurrió. Recuerdo que entré en la habitación. Recuerdo que vi a Jack con la boca pegada

a la boca del otro chico, recuerdo sus manos moviéndose rápido en la entrepierna del chico. Después me recuerdo de pie, en el jardín, mirándolo desde arriba. Lynn salió corriendo de la casa a gritos. Vio a Jack y me dio una cachetada. Me pegó puñetazos en los hombros y en el pecho. Arriba, desde el marco de la ventana, el otro chico nos miraba temblando, abrazándose con sus brazos flacos. Jack estaba tirado en el suelo. No se movía, excepto por el sube y baja del pecho. El panel de la ventana se había roto impecablemente y no había rastros de sangre, sólo esquirlas de vidrio desparramadas sobre las flores, pero Jack tenía un brazo doblado debajo de la cabeza como si estuviera dormido y el codo fuera su almohada.

—Llama al 911 —le gritó Lynn al chico.

—No —dije. Yo no entendía nada de lo que estaba pasando, pero sabía que no podíamos pagar una ambulancia—. Yo lo llevo.

—¡No! —gritó Lynn—. ¡Lo vas a matar!

—No lo voy a matar —dije—. Ven aquí.

Le hice un gesto al chico, que sacudió la cabeza y retrocedió.

—Por favor —dije.

El chico pasó, algo indeciso, por encima del borde filoso de la ventana. Plantó el pie en la cornisa de ladrillo de la pared del frente y saltó los pocos metros que lo separaban del suelo. Los vidrios rotos crujieron bajo sus zapatillas.

—Agárralo de los tobillos —dije. Deslicé las manos bajo las axilas de Jack y entre los dos lo levantamos. Uno de sus brazos se arrastraba por el suelo cuando lo llevamos al coche. Lynn abrió la puerta trasera. Acostamos a Jack en el asiento y lo tapamos con una manta. Hicimos lo que había que hacer, lo que uno ve que hacen en la televisión.

Algunos vecinos habían salido a mirar. Los ignoramos.

—Necesito que me acompañes —le dije al chico—. Cuando terminemos te llevo a tu casa. El chico retorció el dobladillo de la camisa con las dos manos. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No voy a lastimarte, si es lo que estás pensando.

Salimos rumbo al hospital. Lynn nos siguió en mi camioneta. El chico iba a mi lado en el asiento del acompañante, el cuerpo pegado a la puerta, aferrando el cinturón de seguridad con una mano a la altura de la cintura. Cada vez que pasábamos un bache se daba la vuelta para mirar a Jack.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Alan —dijo.

—¿Cuántos años tienes, Alan?

—Diecisiete.

—Diecisiete. Diecisiete. ¿Y alguna vez estuviste con una mujer, Alan?

Alan me miró; estaba más pálido que un muerto. Aferró con más fuerza todavía el cinturón de seguridad.

—Es una pregunta simple, Alan. Te estoy preguntando: ¿estuviste con una mujer?

—No —dijo Alan—. No, señor.

—¿Entonces cómo sabes que eres gay?

Jack se revolvió en el asiento de atrás. Gimió y se quedó callado. Alan lo miraba.

—Mírame, Alan —dije—. Te hice una pregunta. Si nunca estuviste con una mujer, ¿entonces cómo sabes que eres gay?

—No lo sé —dijo Alan.

—¿Quieres decir que no sabes si eres gay o que no sabes cómo lo sabes?

—No sé cómo lo sé —dijo Alan—. Pero lo sé.

Pasamos por la panadería, el lavadero y el supermercado, y llegamos a los límites de la ciudad. A lo lejos, la silueta del helicóptero en el tejado del hospital. A nuestras espaldas, la persecución constante de la camioneta.

—¿Y tus padres están enterados de esto? —le pregunté.

—Sí —dijo Alan.

—¿Y están de acuerdo?

—En realidad, no.

—No. Apuesto a que no, Alan. Te apuesto lo que quieras a que no están de acuerdo.

Miré por el espejo retrovisor. Jack no había abierto los ojos, pero se había llevado una mano a la sien. La otra mano, la que correspondía al brazo roto, yacía a un costado de su cuerpo. Los dedos se movían, pero sin propósito; la mano se abría y se cerraba con movimientos espasmódicos.

—Tengo una pregunta más para hacerte, Alan —dije.

Alan parecía estar a punto de vomitar. Tenía los ojos clavados en el camino sinuoso que se abría delante de nosotros. Tenía miedo de mí. Miedo de mirar a Jack.

—¿Qué derecho tienes a enseñarle a mi hijo a ser gay?

—¡Yo no se lo enseñé! —dijo Alan—. Yo no lo soy.

—¿No eres? ¿Entonces cómo lo llamas? ¿Cómo llamas a lo que estabais haciendo? Lo que hacíais en el sofá.

—Señor Lawson —dijo Alan, y el tono de su voz cambió. Y entonces sentí que estaba hablando con otro hombre—. Con el debido respeto, señor, permítame decirle que fue Jack el que me buscó.

—Jack no es gay —dije.

—Sí que lo es. Yo lo sé. Jack lo sabe. Su *esposa* lo sabe, señor Lawson. No entiendo cómo usted no lo sabe. No entiendo cómo no vio las señales.

Traté de imaginar qué señales, pero no pude. No podía recordar nada que señalara que yo terminaría allí, llevando a mi propio hijo al hospital con un traumatismo de cráneo y un brazo roto. ¿Qué señal podría haber anticipado que, después de este día, después de pasar dos meses en un motel y otros dos meses en la cárcel, la que había sido mi esposa durante veinte años se divorciaría de mí porque, en sus propias palabras, yo estaba «lleno de odio»?

Frené delante de la puerta de urgencias y Alan me ayudó a sacar a Jack del coche. Una enfermera corrió a nuestro encuentro empujando una silla de ruedas. Sentamos a Jack en la silla y la enfermera se lo llevó rodando.

Llevé el coche al estacionamiento y volví caminando a la entrada del hospital. Alan seguía de pie en la acera, en el mismo lugar donde yo lo había dejado.

—¿Dónde está Lynn? —dije.

—Dentro —dijo Alan—. Jack está despierto.

—Bueno, voy a entrar. Te sugiero que te vayas.

—Pero usted dijo que me llevaría a casa.

—Lo lamento —dije—. Cambié de opinión.

Alan se quedó mirándome, mudo, haciendo gestos con las manos en el aire.

—Ah —dije—. Tengo una señal para ti.

Levanté el pulgar por encima del hombro y lo sacudí hacia atrás varias veces mientras entraba en el hospital.

★ ★ ★

Despierto. Al volante de mi camioneta, Cam conduce por caminos laterales llenos de baches enormes como cráteres.

—Arriba, a brillar —dice—. Bienvenido a Lee.

Es casi mediodía. El sol resplandece en lo alto y la cabina de la camioneta es un horno. Me limpio las legañas de los ojos y la baba de las comisuras de la boca. Cam mira el camino con un ojo y con el otro estudia las direcciones que garabateó en tinta negra en la parte de atrás de una caja de cereales. Nunca vio la casa donde su padre pasó los últimos años.

Entramos por un camino de tierra. La camioneta se sumerge en un gran bache lleno de agua y emerge enseguida. El camino está flanqueado por hileras de pinos. Sus agujas tiemblan cuando pasamos. Avanzamos siguiendo las curvas; casi no hay carteles. Cada pocos kilómetros pasamos por una entrada para coches, la casa metida entre los árboles y escondida de la vista. Es un lugar maldito. Y ya me dan ganas de irme.

—No sé dónde carajo estamos —dice Cam.

Avanzamos un poco más. Pienso en Bobby solo en la casa, pienso que Cam le dio seis VHS antes de irnos.

—Cuando termines de mirarlos todos —dijo—, nosotros ya estaremos de vuelta.

Después puso la primera película, una de Disney, y nos fuimos.

—Estará bien —dijo Cam—. Ni siquiera se dará cuenta de que nos fuimos.

—Podríamos traerlo con nosotros —dije. Pero Cam se negó.

—No sabemos con qué nos vamos a encontrar —dijo.

Unos kilómetros más adelante vemos a una niña de pie a un lado del camino. Cam detiene la camioneta y baja el vidrio de la ventanilla. La niña da un paso adelante. Mira por encima de su hombro, después nos mira. Está descalza y tiene la cara manchada de tierra. Lleva puesto un vesti-

do marrón y un moño verde en el pelo. Tiene una cuerda enroscada en la muñeca y en la punta de la cuerda flota un globo azul.

—Hola —dice Cam. Asoma la cabeza por la ventanilla con la mano extendida, pero la niña no la estrecha. Se queda mirando los brazos de Cam, los dragones enroscados. Retrocede.

—La estás asustando —digo.

Cam frunce el ceño, pero vuelve a meter la cabeza en la cabina y apoya las manos en el volante. Le sonrío a la niña con su sonrisa más cariñosa.

—¿Puedes decirnos cómo llegar a Cherry Road? —dice.

—Sí —dice la niña. Levanta el brazo y el globo flamea con el movimiento—. Es por allá —dice. Y señala en la dirección de donde vinimos.

—¿Está muy lejos? —pregunta Cam.

—No es el próximo camino sino el siguiente. Es un callejón sin salida. Hay una sola casa.

Sacude la muñeca y el globo le golpea el puño.

Cam le muestra la caja de cereales.

—Es ahí —dice.

—Ah —dice la niña. Y se queda callada un instante—. Van a visitar al Hombre Lagarto. Yo lo vi. Lo vi una sola vez.

Cam me mira. Yo me encojo de hombros. Los dos miramos a la niña.

—Bueno, gracias —dice Cam. La niña le pega un tirón al globo. Cam da una vuelta en U y la niña nos dice adiós con la mano.

—Linda niña —digo.

Ponemos rumbo a Cherry.

—Maldito monstruito —dice Cam.

La casa está oculta por los pinos y el jardín plagado de malezas altas hasta las rodillas. Huellas de neumáticos indican la entrada. Flamencos de plástico motean el jardín, los picos curvos asomando entre la hierba crecida, las patas de alambre oxidado, los cuerpos de un rosa pálido.

El techo de la casa está cubierto de agujas de pino y hay pilas de tejas donde alguien dejó un parche a medio hacer. El piso del porche está hundido y la baranda podrida, los tablones flojos. Clavo la uña en la madera blanda y entra sin dificultad.

Nuestra misión no es clara. No hay cadáver que identificar ni papeles que firmar. No hay nada que heredar y no habrá funeral. Pero yo sé por qué estamos aquí. Es la única manera que tiene Cam de despedirse.

La puerta delantera está cerrada con llave, pero bastan dos patadas para hacerla ceder.

—Aquí —dice Cam. Toca la madera unos centímetros por debajo de la cerradura antes de romper la puerta con el taco de la bota.

Dentro, la casa espera el regreso de su dueño. La luz del vestíbulo está encendida. El extractor de aire hace temblar la ventana sobre la pila de la cocina. El empapelado sepia de las alacenas cuelga curvado como corteza de abeto, dejando a la vista finos rastros de pegamento amarillo.

Escuchamos voces. Cam me apoya una mano en el pecho y se lleva el índice a los labios. Se manotea la cintura buscando un revólver que no existe. Ninguno de los dos se mueve durante un minuto entero, y después Cam suelta una carcajada.

—Carajo —dice—. Es un televisor —ulula. Se pasa la mano por el cabello—. Casi me cago encima del susto.

Entramos en la habitación principal. También está patas arriba, las pantallas de las lámparas cubiertas por una gruesa capa de polvo, la mesa auxiliar bajo un mar de periódicos y cartas sin abrir. Hay un sillón viejo de aspecto siniestro, los brazos sostenidos en su lugar con cinta de embalar. Un resorte asoma desde el almohadón, bañado en tétanos.

La excepción es el televisor. Hermoso. Setenta y dos pulgadas de gloriosa pantalla.

—Mira esa imagen —digo. Cam y yo retrocedemos para mirarla. El televisor está sintonizado en el Canal Militar, una de las tantas extravagancias del cable. Bombarderos B-24 cruzan el cielo blanco y negro, las hélices tienen el tamaño de mi cabeza. Sobre los altavoces hay una botella de Windex y un paño mugriento junto con varios controles remotos de muchos botones. Cam agarra uno, lo examina, aprieta un botón y el sonido sube. El zumbido de los motores de los aviones y el fuego cruzado invade la habitación de un altavoz a otro. Pego un salto. Cam esboza una sonrisa burlona.

—Nos lo llevamos —dice—. Nos llevamos esta mierda.

Aprieta otro botón y la imagen se reduce a un único punto blanco en el centro de la pantalla. El punto se desvanece y muere.

—¡No! —dice Cam—. ¡No!

—¿Qué hiciste? —digo.

—No sé. ¡No sé!

Cam sacude el control remoto, agarra otro, presiona más botones, agarra un tercero, toca todos los botones. El televisor zumba y rezumba y la imagen vuelve a la vida.

—Ahhhh —dice Cam.

Nos sentamos en el sillón, esquivando el resorte. Vemos assoladas las playas de Normandía, vemos cómo arrojan dos bombas y se gana la guerra. Estamos a mitad de camino de Vietnam cuando Cam anuncia: «Voy a revisar su cuarto». No es una invitación.

Cam desaparece durante media hora. Cuando regresa tiene un aspecto terrible. Está mortalmente pálido y tiene los ojos enrojecidos. Trae una caja de zapatos bajo el brazo. No le pregunto nada y él tampoco dice nada.

—Carguemos el televisor y vayámonos de aquí —dice—. Voy a buscar la camioneta.

Oigo abrirse y cerrarse la puerta de vidrio a mis espaldas. Escucho algo parecido a un grito. Después, la puerta vuelve a abrirse. Me doy la vuelta y veo a Cam. Si antes tenía mal aspecto, ahora da miedo.

—¿Qué pasa? —digo.

—Es enorme —dice Cam—. En el patio de atrás.

—¿Qué? ¿Qué es enorme en el patio de atrás?

—Gran. Puto. Caimán.

★ ★ ★

Es un gran puto caimán. Yo he visto caimanes antes, en el cine, en el zoológico, pero nunca tan grandes y nunca tan de cerca. Nos quedamos mirándolo. No sabemos si es macho, pero decidimos que lo es. Es enorme. Es una locura.

También es la cosa más triste que vi en mi vida. En el patio de atrás hay una jaula improvisada, un óvalo de alambre tejido con techo de gallinero. Dentro, el caimán chapotea en una vieja piscina de plástico para niños. El plástico de la piscina está resquebrajado por el peso del caimán. Con medio cuerpo llena la piscina, el vientre hundido en

unos pocos centímetros de agua marrón espesa, las patas colgando a los lados. La cola, del tamaño de un hombre, sigue la curva de la cerca de alambre.

Cuando nos ve, el caimán sisea y sus patas delanteras patalean en el aire. Abre las fauces mostrando unos dientes amarillos y una garganta del color de la piel de un pavo, pero del lado de dentro. Hay moscas y jejenes por todas partes. Algunos entran volando por la boca abierta y aterrizan en los dientes del caimán. Otros hormiguean en las llagas abiertas que tiene en el lomo.

—¿Qué carajo hace aquí este bicho? —pregunta Cam.

—Red era el Hombre Lagarto —digo—, aparentemente.

Miramos al caimán. El caimán nos mira. Calibro la jaula y me pregunto si podrá darse la vuelta de golpe.

—Parece aburrido —dice Cam.

Y es verdad. El caimán parece aburrido y enfermo. Cierra las fauces y sus ojos abiertos son lo único que me recuerda que está vivo.

—No podemos dejarlo aquí —dice Cam.

—Tendríamos que llamar a alguien —digo.

¿Pero a quién llamar? ¿Al gobierno? ¿A la protectora de animales?

—No —dice Cam—. Lo matarían.

Cam tiene razón. Ya lo vi más de una vez en el noticiario. Un tarado cría un caimán. El caimán se escapa. Le han dado de comer en la boca y no le tiene miedo a los seres humanos. La noticia siempre termina de la misma manera: «lamentablemente hubo que eliminar al caimán».

—No veo que tengamos otra opción —digo.

—Tenemos la camioneta —dice Cam.

Mi boca dice que no, pero mis ojos deben estar diciendo que sí, porque antes de que me dé cuenta de lo que ocurre,

estamos examinando la caja de la camioneta. Cam mide el ancho con los brazos abiertos.

—No funcionará —digo.

Cam me ignora. Saca una lona azul del asiento de atrás y la desenrolla sobre el suelo, al lado de la camioneta.

—No va a entrar —digo.

—Sí que va a entrar. Apretado, pero va a entrar.

—Cam —digo—. Un momento. Espera un poco.

Cam se apoya contra la camioneta. Me mira a los ojos.

—Supongamos que conseguimos sacar al caimán de la jaula y subirlo a la camioneta. Supongamos que logramos hacerlo sin perder ni un solo dedo. ¿A dónde lo llevamos? Quiero decir, ¿qué mierda vamos a hacer, Cam? ¿Qué mierda vas a hacer con dos metros de caimán vivo y coleando? ¿Y el televisor? Pensé que querías llevarte el televisor.

—Carajo —dice Cam—. Me olvidé del televisor.

Miramos la camioneta. Levanto la vista. El cielo pasó del azul brillante al azul claro y el sol desapareció tras un manto de nubes. En el suelo, una esquina de la lona flamea con la brisa, guiñando una arandela dorada.

Cam baja la cabeza, como con pesar.

—Tal vez podamos poner el televisor en un rincón de la caja —dice.

—Cam —digo—, podemos llevarnos el caimán o podemos llevarnos el televisor, pero no las dos cosas.

★ ★ ★

—Lo más difícil será atarle el hocico con cable —decide Cam.

—Todo será difícil —digo, pero Cam no está escuchando.

Encuentra un trozo de costilla en el frigorífico de Red. Está podrido, pero al caimán no parece importarle. Cam

pone el trozo de carne cerca de la jaula y el caimán sale de la piscina anadeando. Apoya sus orificios nasales contra el alambre tejido. El olor rancio del caimán y el hedor a carne putrefacta me revuelven el estómago y tengo arcadas.

–Si vomitas, te mato –dice Cam.

Hemos arrasado el garaje de Red. A nuestros pies, tenazas, un rollo de cable, cinta de embalar, un pedazo de sogá, otro de cuerda elástica, una docena de postes de madera, mi lona y, sin que yo sepa muy bien por qué, una motosierra.

–Para protección –dice Cam, empujando la vieja motosierra con el pie.

La cadena está oxidada y cuelga separada de la hoja. Imagino a Cam haciéndola funcionar, la cadena crujiendo, volando, aterrizando lejos en el pastizal. Intento imaginar la lucha entre el hombre y la bestia, Cam aplastado bajo doscientos cincuenta kilos de caimán, la cabeza de Cam en la boca del caimán, Cam arrastrado en círculos por el patio, una confusión de extremidades y gemidos. En todas las escenas la motosierra no sirve absolutamente para nada.

Cam tiene las manos enfundadas en agarraderas para horno, situación que aceptó a regañadientes cuando los guantes de boxeo que encontró, si bien ofrecían mayor protección, no aportaban la habilidad de agarrar, levantar o sostener.

–Es una estupidez –digo–. ¿Realmente vamos a hacer esto?

–Ya lo estamos haciendo –dice Cam. Aleja una mosca de su cara con la mano enguantada.

La cerca de alambre tejido cruje. Nos damos la vuelta y vemos al caimán empujándola con el hocico. Resopla. Mira el trozo de costilla, abre y cierra las fauces. Es sorprendentemente grande.

Cam estacionó la camioneta en el patio trasero. Se quita los guantes. Abre la caja dejando a la vista el fondo ancho y desnudo y empezamos a clavar los postes en ángulo desde el céped hasta la puerta abatible. Colocamos encima los tablones y Cam los sujeta entre sí con las cuerdas elásticas. Las tablas son largas, miden casi un metro: la física está de nuestro lado. Tendríamos que poder arrastrar a la gran bestia rampa arriba.

Volvemos a prestarle atención al caimán, que ahora intenta embestir contra el alambre tejido, salvo que no tiene capacidad de maniobra ni cómo tomar velocidad. Por encima de su cabeza, a la altura de las rodillas, hay una compuerta de alambre del tamaño de un puño cerrado con un candado con combinación. Con cada embestida del caimán, el candado salta y golpea contra la compuerta. Con cada embestida yo también salto.

—No puede salir —dice Cam. Y agarra las tenazas.

—Imposible saberlo —digo.

—Si pudiera, ¿no te parece que ya lo habría hecho?

Cam mete la tenaza en el grillete del candado, dobla las rodillas y se agacha. Aprieta con fuerza y su cara se pone roja. Gruñe, se oye un chasquido y el candado cae al suelo seguido por un movimiento rápido. Cam aúlla y cae. Las fauces abiertas del caimán asoman a medias por el agujero. Lo único que veo son dientes.

—¡Hijo de puta! —grita Cam.

—¿Estás bien? —digo.

Cam levanta las manos y mueve los diez dedos.

—Estoy bien —dice Cam—. Estoy bien

Levanta el trozo de costilla y se lo arroja al caimán. La carne aterriza sobre el hocico de la bestia, queda allí colgando, y luego se desliza por un lado.

—No es un perro —digo—. No lo va a agarrar en el aire.

Cam vuelve a ponerse los guantes y lentamente agarrará la carne que está sobre el césped a menos de un metro de distancia de los dientes. De pronto la jaula parece menos sólida, no parece un lugar del que el lagarto jamás podría escapar.

La jaula se sacude, pero esta vez es por el viento que se ha levantado. Me pregunto si habrá tormenta en St. Petersburg. Cam tendría que estar en su casa con Bobby y estoy a punto de decírselo. Pero tiene la mirada fija. Está absolutamente decidido a hacer lo que estamos haciendo.

—Voy a meterle la carne en la boca y, cuando lo haga, quiero que le envuelvas las fauces con cinta de embalar —dice Cam.

—De ninguna manera —digo—. No pienso poner mi mano al alcance de ese monstruo.

Y entonces ocurre esto: mi hijo aparece en mi memoria y en mis pensamientos, el brazo colgando laxo desde el codo. La enfermera pregunta qué pasó y él levanta la vista, dispuesto a mentir por mí. Hay algo hermoso en la pausa entre esa pregunta y la siguiente. Luego siento la mano del oficial sobre mi hombro y escucho: «¿Podría acompañarme afuera, por favor?». Oh, lo escuché más de cien veces, nunca dejo de escucharlo. Es un susurro, es una condena a la cárcel.

Quiero recolocar el codo en su lugar con mis propias manos. Quiero volver el tiempo atrás. Quiero al Jack de cinco o diez años. Lo quiero enroscado sobre mis rodillas como un perro. Lo quiero escribiendo en las paredes con un lápiz naranja y echándoles la culpa a los ángeles que viven en el ático. Lo quiero antes de que su voz baje dos octavas, antes de que aprenda a pararse con una

mano en la cadera, antes de que se sienta confundido. Quiero a mi hijo de vuelta.

—¡Vamos! —grita Cam—. No te achiques ahora. En cuanto muerda la carne, envuélvele el hocico con la cinta.

—Dame tus guantes —digo.

—¡No!

—Dame los guantes y lo hago.

—Pero con los guantes puestos se te hará difícil usar la cinta.

—Confía en mí —digo—. Sabré hacerlo.

Lo hacemos. Cam sacude el pedazo de carne frente al hocico de la bestia hasta que muestra los dientes. Las fauces atacan. Se oye un crujido antinatural cuando el hueso en forma de T del trozo de carne se transforma en dos íes y luego en un montón de puntos. Envuelvo el hocico con una buena cantidad de vueltas y corto la cinta debajo de las fauces. Aplasto la cinta con las manos enguantadas. Después empiezo a envolver el hocico como loco. Le doy más vueltas de cinta a la mandíbula. La cinta se desenrolla en círculos como un gusano negro y chato. Cuando por fin retrocedo, las fauces del caimán están herméticamente cerradas y mis manos tiemblan.

—No puedo creerlo —dice Cam—. No puedo creer que de verdad lo hiciste.

★ ★ ★

El caimán pesa como la mierda. Lo sostenemos por la cabeza. Envolvemos con los brazos el vigoroso pescuezo y las patas delanteras. Hundimos los dedos en los flancos escamosos. Avanzamos de lado hacia la camioneta. La cola del caimán deja una huella en el césped. Sus patas traseras se clavan en la tierra, pero no se retuerce ni da azotes. No es un caimán saludable. Me detengo.

—Vamos —dice Cam—. Ya casi llegamos.

—¿Qué estamos haciendo? —digo.

—Metiendo un caimán en tu camioneta —dice él—. Vamos.

—Pero míralo —digo.

Cam observa la cabeza ancha y verde del caimán, las narinas orientadas hacia arriba y los ojos como pelotas de ping-pong. Levanta la vista.

—No —le digo—. Míralo de verdad.

—¿Qué? —se impacienta Cam. Cambia el peso de lugar, domina mejor a la bestia—. No sé qué quieres que vea.

—Ni siquiera lucha contra nosotros. Está demasiado enfermo. Aunque lo dejáramos libre, ¿cómo saber si sobrevivirá?

—Imposible saberlo.

—Sí, imposible saberlo. No sabemos de dónde vino. No sabemos a dónde llevarlo. ¿Y si lo hubiera criado Red? ¿Cómo sobrevivirá a la intemperie? ¿Cómo aprenderá a cazar y atrapar peces y demás?

Cam se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—¿Entonces por qué? —pregunto—. ¿Por qué hacemos esto?

Cam y yo nos miramos a los ojos. Un minuto después bajo la vista. Mis brazos quedaron debilitados por el peso del caimán. Me tiemblan las piernas. Seguimos adelante.

★ ★ ★

No le di a Jack la oportunidad de mentir. Me declaré culpable de castigo físico en segundo grado y dejé a todos los demás libres de culpa y cargo. Me dieron cuatro meses, pero cumplí dos, más multas, más servicio comunitario. Si

con eso hubiera terminado todo, me habría salido barato. Pero perdí a mi familia.

La última vez que vi a Jack estaba de pie junto al coche de su madre mostrándole su nueva licencia de conducir a Alan. Estaban apoyados sobre el capó como dos señoritas, pero se rieron como hombres al ver algo en la matrícula: una errata. Peso: 1500. Los miré desde el umbral. Jack se mantenía a distancia, daba un respingo cada vez que me acercaba.

Alan me había ayudado a cargar los muebles. Con cada mueble, yo pensaba en el cuerpo de Jack. Cómo colgaba entre nosotros esa tarde, cómo se balanceaba, cómo todo se parecía a ese juego en el que dos amigos agarran a un tercero por las muñecas y los tobillos y lo arrojan desde un puente a un lago.

Metimos todas las posesiones de Jack y Lynn en el camión de mudanzas. Yo no sabía adónde iban. No esperaba volver a verlos, pero revisando mapas y direcciones en una pila de cosas de Lynn encontré escrita la dirección de su nueva vivienda en Baton Rouge. Podía perdonar que Lynn no quisiera verme, pero no toleraba que se llevara a mi hijo.

Decidí que algún día iría a verlo, pero ese día parece cada vez más lejano con cada tarde que pasa. ¿Y qué hará Jack cuando abra la puerta? En mis sueños siempre es Jack el que abre la puerta. Yo abriría los brazos para saludarlo. Diría todo lo que no dije hasta ahora.

Pero ese día fue Alan quien le dijo a Jack que viniera a despedirse. Lynn esperaba en el camión de mudanzas, lista para partir. Alan me señaló, discutió con Jack en voz baja. Hasta que por fin Jack empezó a caminar hacia mí. Yo no me moví del umbral y Jack se detuvo a menos de un metro.

¿Qué puedo decirles sobre mi hijo? Fue un niño hermoso, y viéndolo allí parado delante de mis ojos vi que se

había transformado en algo diferente: un hombre al que yo no comprendía. La camiseta le quedaba demasiado ajustada y no llegaba a cubrirle el ombligo. Una tira de vello marrón nacía en el ombligo y desaparecía bajo la hebilla de plata del cinturón. Tenía las uñas pintadas de negro. Le habían quitado el yeso y su brazo derecho era un nido de vello oscuro y rizado.

Yo quería decirle: «quiero entenderte».

Quería decirle: «haré lo que sea necesario para ganarme tu confianza».

Quería decirle: «te quiero».

Pero nunca se lo dije. No a Jack —sí, soy esa clase de hombre—; no podía soportar la idea de decirle esas palabras por primera vez y que él no me dijera lo mismo.

Así que no dije nada.

Jack extendió la mano y nos saludamos como si fuéramos extraños.

Todavía siento la infinitud del apretón de manos de Jack: la aceptación de las palmas juntas, carne de mi carne.

★ ★ ★

La lluvia llega en ráfagas y los limpiaparabrisas apenas pueden detenerla. Conduzco yo. Cam va sentado a mi lado. Puso la caja de zapatos sobre el asiento, entre nosotros. Apoya un brazo protector sobre la tapa de la caja. El caimán intenta girar sobre sí mismo tironeando de los postes en la parte de atrás. Antes de subir, ajustamos la lona sobre la caja de la camioneta para ocultar de la vista nuestro cargamento, pero no demasiado fuerte. Ahora la lona se comba bajo el peso del agua y amenaza con ahogar al animal escondido debajo.

Cam mueve el dial de la radio y alcanzamos a captar noticias entrecortadas sobre el tiempo antes de que los altavoces entren en estática.

«...ahora elevado a la categoría de tormenta tropical... por lo general indica la formación de un huracán... la tormenta adquirirá mayor velocidad cuando pase por el golfo... se espera que entre en la costa norte por la zona del brazo territorial... y al sur por St. Petersburg...».

Cam apaga la radio. La lluvia bombardea los vidrios, los negros destellos de los limpiaparabrisas empujan con dificultad el agua.

No pregunto si Bobby les tiene miedo a las tormentas. De niño yo les tenía miedo, pero Jack no. Cada vez que había tormenta, Jack se paraba en la ventana y miraba las ramas volando por las calles y los cables de luz caídos en las aceras. Sonreía y se quedaba mirando hasta que Lynn lo sacaba de la ventana y todos nos metíamos en el baño, envueltos en mantas, linterna en mano. Sólo entonces, acurrucado en la oscuridad, Jack lloraba a veces.

–Tendríamos que volver –digo–. Quizá se haya cortado la luz.

–Bobby es un chico valiente –dice Cam–. Estará bien.

–Cam –le digo.

–Por si no lo recuerdas, hay un caimán en la caja de tu camioneta.

No digo nada. Pase lo que pase, Cam es el único responsable. «Nada de esto», me digo a mí mismo, «es culpa tuya.»

Un trueno hace temblar la camioneta. Un poco más adelante, un relámpago prende fuego a un poste de teléfono. Una lluvia de chispas cae sobre la autopista. Coches y camiones quedan cubiertos por una tenue capa de fuego. Pero nadie se detiene.

No tengo la menor idea de adónde vamos, pero Cam dice que estamos cerca.

«Cam», pienso, «después de esto, ya no te debo nada. Cuando esto termine, estaremos en paz».

—Si lo que te preocupa es el trabajo —dice Cam—, hablaré con Mickey. Le diré lo de Red. Comprenderá que llegues un poco tarde.

—Mickey es lo que menos me preocupa ahora —digo. No digo: «Mickey me chupa un huevo». No digo: «Mickey y tú podéis ir al infierno».

—Mira —dice Cam—, sé por qué estás haciendo el turno de noche. Mickey me contó que le gritaste a un cliente. Pero esto es otra cosa. Él entenderá.

Reconozco inmediatamente el dolor en la parte de atrás de la garganta. Cuando esté solo, únicamente un milagro podrá impedir que me agarre a la botella.

—Toma la próxima salida —dice Cam—. Cuando bajes, dobla a la derecha.

Conduzco la camioneta rampa abajo hacia Grove Street. El agua acumulada se viene hacia delante y desborda la lona. Las patas del caimán rascan la cubierta de plástico de la caja.

—¿Dónde nos estás llevando? —pregunto.

—A Havenbrook —dice. Espero que Cam diga que es una broma. Pero Cam no está bromeando.

★ ★ ★

El lago más grande bordea el campo de golf. Cam ya ha visto caimanes aquí antes, bestias enormes que suben a la orilla a tomar el sol y asustan a los golfistas. Yo nunca jugué al golf en mi vida y Cam tampoco, pero el año pasado Cam

estuvo a cargo del equipo que reparó el tejado de la sede del club después del huracán. Recuerda el código de cinco dígitos, y todavía funciona. La reja de seguridad se desliza sobre sus rieles y entramos por el camino pavimentado que utiliza el personal de mantenimiento.

No hay nadie en el campo. Los *greens* están sembrados de ramas arrancadas. Hay un carrito blanco abandonado, caído de costado, cerca del hoyo quince.

Un relámpago cruza el cielo. La lluvia cae en torrentes sobre el parabrisas y súbitas ráfagas de viento sacuden la camioneta desde todos los flancos. Aferro con fuerza el volante para no salirme del asfalto. Hasta Cam tiene los ojos muy abiertos, los dedos enterrados en el almohadón del asiento. La caja de zapatos rebota entre nosotros.

Llegamos al lago, pero la costa está a medio campo de fútbol de distancia. El *green* está empapado, espeso de agua, y el lago ya desborda sus orillas. Sé que nos hundiremos en el lodo si una de las cuatro ruedas se desvía del asfalto, y sé que si eso sucede jamás podremos sacar la camioneta de allí.

—No puedo llegar a la orilla —le digo a Cam.

Tengo que gritar para hacerme oír sobre el viento y la lluvia y los truenos ensordecedores. Parece que el mundo se viene abajo.

—No podemos seguir adelante.

Cam dice algo que no alcanzo a escuchar y sale de la camioneta dando un portazo. Bajo de un salto y el frío húmedo me golpea la cara. En cuestión de segundos quedo empapado, la ropa me pesa. Lo único que oigo es el viento. Me muevo como bajo el agua.

En cuanto Cam afloja la lona, el viento la atrapa e, inflándola, la hace subir al cielo como un flameante paracaí-

das azul, directo hacia las copas de los árboles. Pero queda enredada en las ramas y unos segundos después sólo se oye el *flap-flap* de las esquinas sueltas de la lona azotadas por las ráfagas.

Cam me grita algo. Sus dientes brillan bajo la luz intermitente de los relámpagos, pero el viento ahoga sus palabras. Me doy unos golpecitos en la oreja y Cam asiente. Camina hacia el caimán. Nos acercamos despacio a él. Espero que embista, pero el animal yace inmóvil. Observo las fauces. Todavía están sujetas con cinta. Comprendo que este será nuestro último desafío. Si el caimán huye de nosotros antes de que retiremos la cinta, no podrá salvarse.

Mientras me pregunto cuál de nosotros subirá a la caja, el caimán inicia su avanzada. Nos apartamos de un salto para dejar pasar doscientos cincuenta kilos de reptil desde la caja de la camioneta al *green*. La puerta cruje bajo el peso y queda suelta como una puerta trampa en el aire, las bisagras vencidas. Ahora el caimán está libre sobre el césped. Nosotros no nos movemos, él tampoco.

Cam se acerca a mí. Improvisa un megáfono con las manos y la boca, y se inclina para decirme algo al oído. El aliento caliente en mi cara me sobresalta en medio del frío y la lluvia feroz.

—Creo que está aturdido —grita Cam—. Es el momento justo para quitarle la cinta.

Asiento con la cabeza. Estoy exhausto y ansioso, y sé que nos resultaría imposible arrastrar el caimán hasta la orilla. Me pregunto si logrará llegar, si encontrará el camino hasta el agua, o si la caída de la camioneta habrá sido el golpe mortal, si mañana los encargados de la cancha encontrarán el cadáver de un caimán a doscientos metros del lago. La noticia ocuparía la primera plana del *St. Petersburg Times*.

«Huracán mata caimán gigante.» Los empleados del club quedarían pasmados.

—Móntate a horcajadas sobre el pescuezo —grita Cam—. Y aplástale la cabeza contra el suelo. Yo trataré de sacarle la cinta.

—No —digo. Y señalo mi pecho. Hago un círculo en el aire con la mano, como quien desenrolla algo.

Cam se sorprende al principio, pero asiente. Vuelve a apoyar sus manos sobre mi cara y me grita al oído sus palabras calientes.

—Espera mi señal —dice, pero lo aparto de un empujón.

No espero ninguna señal. Sin pensarlo, ya estoy en el suelo, de lado, con medio cuerpo hundido en el lodo y enterrando las uñas en la cinta de embalar. Mis ojos están a pocos centímetros del ojo del caimán. Parpadea sin parpadear; una membrana delgada y casi transparente se desliza sobre el globo ocular, de atrás hacia adelante. Es algo digno de verse. Un guiño cómplice. Lo veo y me siento a salvo.

Es más difícil sacar la cinta de lo que fue ponerla. La lluvia la ablandó, el pegamento se puso viscoso. Después de varias vueltas, mi puño pierde firmeza. Finalmente dejo que la cinta me envuelva la mano como una serpiente. Sigo desenrollando y pronto mi puño se transforma en una pelota de fruta oscura y pegajosa. El último pedazo de cinta se desprende del hocico y ruedo apartándome del caimán. Me levanto del suelo y Cam me tira hacia atrás. Me sostiene de pie. El caimán abre las fauces. Abre muchísimo la boca y después la cierra de golpe. Y se va, se va, zigzagueando hacia el agua.

Es rápido y fuerte, y me alegra que haga frío y esté lloviendo para que Cam no vea las lágrimas que surcan mis mejillas y no se dé cuenta de que tiemblo porque estoy llorando. Cam me suelta y siento que me caigo, pero no, en

realidad estoy corriendo. ¡Corriendo! Y me río y grito cosas y doy saltos. Pego puñetazos en el aire. Grito: «¡Vete! ¡Corre!». Y justo antes de que el caimán llegue al agua, tomo impulso y las yemas de mis dedos rozan las últimas crestas y escamas de la cola que zigzaguea como látigo delante de mí. El cielo es una confusión de relámpagos y alcanzo a ver ese cuerpo gigantesco, torpe y sin gracia en tierra, deslizarse en el agua como nació para hacerlo. El cuerpo enorme corta el agua, veloz y elegante y liso, y el caimán desaparece de la vista, vuelve al mundo al que pertenece, nuevamente a salvo en la quietud caliente del lodo y los peces y las cosas que no vemos y que viven en la profunda, verde oscuridad.

★ ★ ★

Cam y yo hablamos poco y nada en el viaje de regreso. La lluvia se ha transformado en llovizna tenue y constante. La cabina de la camioneta está helada. Cam acerca las manos a las rejillas de ventilación para capturar débiles y esporádicas corrientes de calor. Hicimos una buena acción, dice Cam, y yo estoy de acuerdo. Pero ¿a costa de qué? Encendemos la radio, pero ahora la tormenta se dirige al norte. Los reporteros se han trasladado a otras ciudades: Clearwater, Homosassa, Ocala.

—Fue una sola vez —dice por fin Cam—. Hará unos quince años. Hablé con Red.

Esto sí que es toda una novedad para mí. Sé que no se trata de una revelación menor.

—Yo lo llamé —dice Cam—. Lo llamé y le dije: «¿Papá? Sólo quiero que sepas que tienes un nieto que se llama Robert y que yo creo que debería conocer a su abuelo». ¿Y sabes qué

me dijo el muy miserable? Colgó. Lo único que me dijo Red en veinte años fue «Hola» cuando atendió el teléfono.

—Lo lamento —digo.

—Si él me hubiera dicho, si una sola vez me hubiera dicho que lo lamentaba, le habría perdonado todo. Le habría perdonado incluso que me asesinara. Era mi padre. Le habría perdonado todo.

Se frota las manos vigorosamente para hacerlas entrar en calor.

—¿Sabes por qué me hice todos estos malditos tatuajes? —dice—. Para disimular las cicatrices de la noche que Red me cortó con un cuchillo para filetear pescado: pero yo lo habría perdonado si él hubiera dicho algo, cualquier cosa, cuando atendió el teléfono.

Cam no tiembla ni solloza ni estrella el puño contra el tablero, pero cuando desvío la mirada veo su reflejo en la ventanilla, un nudillo en cada órbita ocular, y me arrepiento de mi impaciencia, del enojo que he sentido durante toda la tarde.

—Pero lo intentaste —le digo—. Al menos no pasarás el resto de tu vida con la duda.

Nos quedamos callados un buen rato. La lluvia en el techo es como música ahora, y me suaviza.

—Sabes, en el golfo peleé junto a soldados gays —dice Cam, y casi hago salir la camioneta del camino. Una rueda se desliza sobre el borde del asfalto y el espejo lateral casi choca contra el guardarraíl cuando intento retomar la ruta.

—¡Diablos! —dice Cam—. Sólo estoy diciendo que eran buenos tipos y que si Jack es gay no es el fin del mundo.

—Jack está confundido —digo—. No es gay.

—Bueno, sea gay o no sea gay, lo que tú pienses o quieras o digas no cambiará nada.

—Cam —le digo—, con todo respeto. Eso no es asunto tuyo.

—Ya lo sé —dice Cam. Se endereza en el asiento y aferra la manija de la puerta cuando entramos en nuestra calle—. Lo único que te digo es que no es demasiado tarde.

Subimos por la entrada del garaje. Cam baja de un salto antes de que estacione. El jardín es un caos de basura y ramas rotas. El viento arrancó dos persianas del frente. El buzón está ladeado. Por lo demás, todo parece estar en orden. Miro calle abajo y compruebo que mi casa sigue en pie.

Cuando vuelvo a mirar la casa de Cam, lo que veo me parte el corazón en mil pedazos. Veo a Cam corriendo por el jardín. Veo a Bobby, las manos apretadas contra el ventanal. Tiene la cara hinchada y enrojecida. Cam desaparece dentro de la casa y enseguida aparece junto al niño; se pone de rodillas y lo abraza contra su pecho. Murmura las palabras «lo siento, lo siento» una y otra vez. Bobby se desploma en sus brazos, entierra la cabeza en el pecho de Cam, y mi amigo envuelve a su hijo en dragones.

Me quedo mirándolos. Permanecen así abrazados durante unos minutos, enmarcados por la ventana y la casa y el cielo cada vez más oscuro. Los miro y después abro la caja de zapatos y miro dentro.

No sé qué esperaba encontrar, pero no era esto. Lo que encuentro son cartas, más de cien cartas. A razón de una carta por mes durante aproximadamente diez años, todas sin abrir. Todas fechadas y selladas «DEVOLVER AL REMITENTE»; la última enviada hace una semana apenas. Todos los sobres escritos con la misma letra temblorosa. Todas dirigidas a un mismo y único destinatario, Mr. Cameron Starnes, por un mismo y único remitente: Red.

Y entonces sé que no existió ninguna llamada telefónica, que Cam nunca perdonó nada, que jamás volvió a acercarse hasta que el monstruo desapareció.

Miro las cartas y sé en qué quiere impedir Cam que me transforme.

Salgo por donde entré. Freno delante del buzón de Cam y guardo allí la caja de zapatos. Sana y salva. Sigo calle abajo, hasta el final de la cuadra. Me detengo en el cartel de STOP. No sé si doblar a la derecha o a la izquierda. Finalmente me decido por la interestatal. En el restaurante me espera un uniforme limpio y seco, y, si me apresuro un poco, no llegaré tarde a trabajar.

Pero no voy a trabajar.

Son diez horas en camioneta hasta Baton Rouge, pero lo haré en ocho. Llegaré a primera hora de la mañana. Iré hacia el norte, siguiendo la tormenta. Conduciré bajo la lluvia y el viento. Pasaré toda la noche al volante.